

Mark Greif



Contra todo

***Cómo vivir en
tiempos deshonestos***



ANAGRAMA
Colección Argumentos

Índice

PORTADA

PREFACIO

I

CONTRA EL EJERCICIO
LA TARDE DE LOS NIÑOS CON SEXO
DE LA ALIMENTACIÓN
OCTOMAMÁ Y EL MERCADO DE BEBÉS

II

EL CONCEPTO DE EXPERIENCIA (EL SENTIDO DE LA VIDA, PRIMERA PARTE)

III

RADIOHEAD, O LA FILOSOFÍA DEL POP
PUNK: EL TIPO CORRECTO DE DOLOR
APRENDIENDO A RAPEAR

IV

LEGISLAR CON LAS TRIPAS, O REDISTRIBUCIÓN (EL SENTIDO DE LA VIDA, SEGUNDA PARTE)

V

LA REALIDAD DE LOS REALITYS
WETUBE
¿QUÉ ERA EL HIPSTER?

VI

IDEOLOGÍA ANESTÉSICA (EL SENTIDO DE LA VIDA, TERCERA PARTE)

VII

MOGADISCIO, BAGDAD, TROYA, O HÉROES SIN GUERRA
LA POLICÍA A EXAMEN

VIII

EL PARQUE DE CARAVANAS THOREAU (EL SENTIDO DE LA VIDA, CUARTA PARTE)

AGRADECIMIENTOS

NOTAS

CRÉDITOS

Para Gabrielle y Simone

PREFACIO

Este libro representa una década de escritura. Redacté estos ensayos para $n+1$, la revista que fundé con algunos amigos para publicar un tipo de literatura que no existía en ninguna parte. Los escritores muertos o famosos cuentan con innumerables publicaciones en las que expresar sus opiniones. Si creábamos un vehículo para los desconocidos, ¿serían capaces de decir algo que todavía no se hubiera dicho? Estos son los intentos que publiqué. El material adicional son ensayos inéditos en inglés, indagaciones que no quería compartir sin contexto en los Estados Unidos. Todas ellas reflejaban un esfuerzo, cuando era veinteañero y treintaero, por intentar comprender algunas cosas. Las cosas que me entusiasmaban, sobre todo, y por qué gran parte de lo que me rodeaba me parecía falso y despreciable, y sin embargo era aceptado sin un gran grito de dolor colectivo.

No se trata de un libro de crítica de cosas que no hago. Es un libro de crítica de cosas que hago. Hábitos en los que coincidí con un tipo de gente determinado, llamémosla clase media, o gente de las naciones ricas, o estadounidenses y europeos y sus iguales por todo el mundo. Llamémoslos nosotros o llamémoslos vosotros. Quiero hablar de vosotros.

Muchos libros os dicen cómo hacer las cosas que supuestamente tenéis que hacer pero mejor. Este libro se interroga sobre esas cosas que supuestamente tenéis que hacer. ¿De verdad hacéis esas cosas? ¿Y por las razones por las que supuestamente las hacéis? ¿Y si nuestras auténticas razones, las vuestras y las mías, no son las que generalmente se proclaman? ¿Y si las verdaderas razones para hacer las cosas, ya sean buenas, verdaderas y rectas, son de hecho equivocadas? ¿Y si la sabiduría popular resulta no ser tan sabia?

Comienzo por el cuerpo. Es lo más próximo a nosotros. En el ejercicio, la salud, el deseo sexual, la alimentación, la maternidad. La juventud y la vejez. Mi idea es que en cuanto el progreso facilitó cubrir las necesidades de la vida corporal, aparecieron otras fuerzas que se propusieron conseguir que esas necesidades se volvieran complicadas y difíciles. Gran parte de la vida cotidiana se dedica al mantenimiento de la vida justo en un momento en que uno pensaría que es libre para perseguir metas superiores.

Los espectáculos, las imágenes y los sonidos, las medidas y las

sumas, se crean a partir de antiguas zonas de intimidad. Esta exposición a la vista genera todo tipo de nuevos placeres y nuevos temores. Pero el incesante acicalamiento y optimización de la vida cotidiana nos impiden averiguar a qué otras cosas podríamos dedicar nuestra atención y energía. Los aventureros siempre regresan para relatarnos las emociones de actos atrevidos que recrean más de lo mismo. «¡Me encontraba al borde del precipicio y salté!» «¿A qué?» «¡A lo desconocido!»

Nuestra vacilación a la hora de conocernos se extiende a las cosas buenas y malas. Hoy en día el robo de la identidad se ha convertido en un fenómeno tan generalizado que no es de extrañar que a menudo ni se mencione. El problema no es que los demás estén robando la nuestra, sino que nosotros estamos hurtando la suya. Al final del libro me habré preguntado a qué llamamos hoy «experiencia» y a qué llamamos «realidad». De dónde proceden los atisbos de esperanza, sobre todo dentro de la cultura popular, y por qué a lo mejor te avergüenza admitirlos. Y qué tienen que ver la visión y el cuerpo con los ejércitos, la policía y la democracia de un país.

Me imagino a alguien preguntando: «¿Contra todo?» Os diré qué significa el impulso para mí. Cuando era pequeño, mi madre solía llevarme a un estanque porque, en el barrio residencial donde nació, era un lugar en el que se podía nadar y pasear. Su nombre, Walden, también dio nombre a un libro escandaloso.

Mi madre no leyó nunca el libro. Yo era demasiado pequeño para leerlo. Muchas tardes dábamos vueltas por el estanque y hacíamos conjeturas. Antaño existió un hombre llamado Thoreau. Paseaba y meditaba en ese mismo lugar. En su libro escribió que las cosas que la gente consideraba superiores a menudo eran inferiores. Cabía la posibilidad de que nadie poseyera lo mejor. La basura era un tesoro. El trabajo estaba sobrevalorado, en la medida en que mucha gente trabajaba en cosas equivocadas por las razones equivocadas. Caminar sin rumbo era mejor que correr. La conversación era el auténtico propósito de todo, incluso de la soledad, la lectura y la reflexión.

Conocíamos muy poco sus palabras. A partir de citas breves reproducidas en tazas de café, pegatinas para los parachoques y camisetas: «Cuidado con las empresas que exigen ropa nueva.» Nuestra ignorancia, sin embargo, no nos engañaba acerca de lo que el filósofo había querido decir. La ausencia de detalle resultó ser la mejor instrucción imaginable. «Me pregunto qué habría pensado él de eso», decía mi madre mientras pasábamos por delante de un montón de cosas absurdas, de camino al estanque en coche o de vuelta

a casa: vallas publicitarias, coches de lujo, centros comerciales, carteles políticos, mansiones, familias que reñían en los asientos traseros, la insulsez de la radio, las señales de tráfico instándonos a portarnos bien, el infinito feo e inane.

Las preguntas eran cosa mía. El pacto entre nosotros era que «él» sabía cómo poner en entredicho y desacreditar cualquier cosa que se nos ocurriera: cosas que dudábamos, pero también cosas que hacíamos. Mi parte consistía en averiguar exactamente cuál podría ser su crítica y su alternativa. Yo tenía que demostrar que cada tópico podía ser una solución de compromiso. Las normas universales a lo mejor no eran «universales». O simplemente quizá no encajaban en el universo en el que mi madre y yo podíamos vivir felizmente. Yo parloteaba –de manera infantil, supongo, pero animado por un medio que no era la juventud ni la vejez–, mientras daba pataditas con mis sucias chanclas contra el salpicadero. Aprendí por mi cuenta a darles la vuelta a las cosas, a desmontarlas, desinflarlas, reordenarlas, dispensarlas y repensarlas. «Pero eso no es posible», me advertía mi madre. «No puedes llegar a la raíz. Algunas cosas no cambian.» «Apuesto que a él le parecería posible.»

El pensador que siempre he considerado más importante me aportó unos principios cuando más significó para mí, y su periodo de mayor importancia fue cuando aún no lo había leído. Yo sabía que un «filósofo» era una mente que no tenía miedo de ir contra todo. Contra todo, si eso era corrupto, dudoso, enervante, engañoso para nosotros, falso para la felicidad. E intentar eso suponía intentar ser nuestro amigo, el de mi madre y el mío.

Cuando por fin leí *Walden* tenía diecisiete años, y estaba a punto de marcharme de casa para empezar mi propia vida. El libro era más implacable de lo que podía haber imaginado, y más esperanzador y tierno. Al leerlo experimenté lo mismo que con apenas un puñado de libros: saber que no merecía terminarlo hasta que ya no tuviera que bajar la mirada, avergonzado, en presencia de sus palabras. Ese tipo de maduración, me decía incómodo, podría llevarte toda la vida.

Me identifico con mi madre, tal como ella era entonces, una adulta, que sabe que muchas cosas no cambian, y conmigo, tal como era entonces, un niño, que sabía que no merecía la pena entrar en la vida si no podía convertirse en algo mejor que eso. Y hablo como la persona que soy ahora, alguien que todavía aprende a ser diferente de lo que es. Desear ir contra todo es querer que el mundo sea más grande que todo eso, estar dispuesto a disolver las normas y los compromisos ya sea en un bidón o en una gota, mientras un

océano de posibilidades se agita a nuestro alrededor. Tanto da lo que supuestamente tengas que hacer, puedes demostrar que esa suposición es errónea simplemente haciendo otra cosa.

I

CONTRA EL EJERCICIO

Si el relato de Kafka «En la colonia penitenciaria» se hubiera escrito hoy, solo podríamos pensar que habla de una máquina de ejercicio. En lugar de tatuar la sentencia en sus víctimas, la máquina inscribiría líneas de números. Tantas calorías, tantos kilómetros, tantos vatios, tantos saltos.

En la actualidad, el ejercicio nos hace admitir que la máquina actúa dentro de nosotros. Nada puede hacernos creer que sentimos nostalgia de trabajar en una fábrica como un gimnasio moderno. La palanca de una troqueladora ya no nos manda en el trabajo. Pero en el gimnasio importamos vestigios de restos de equipos industriales a nuestro ocio. Salimos de la oficina, nos subimos a una cinta transportadora y corremos como si nos persiguiera el diablo. De buena gana sometemos nuestras piernas al rodillo y llevamos nuestros brazos agarrotados a la prensa.

Es fundamental que las máquinas sean sencillas. Los planos inclinados, clavijas, palancas, poleas, cerrojos, cabrestantes, armazones y correas del *Nautilus* y las máquinas de aerobio ponen a nuestra disposición y en miniatura fases anteriores del progreso técnico. Los elementos nos resultan visibles e inteligibles, pero no peligrosos. Desplazados, neutralizados, son vestigios de una necesidad que ya no necesitamos satisfacer con previsión o ingenio.

Antaño un granjero utilizaba una polea, un cable y una barra para levantar la viga del tejado; ahora utilizamos los mismos medios para ejercitar los músculos dorsales. Hoy en día, cuando asumimos que nuestros cerebros son ordenadores, la imagen de un hombre máquina, ya sea el de Descartes o el de La Mettrie, posee una cualidad antigua y venerable, como el póster amarillento de la pared de un hospital. La presión sanguínea es hidráulica, la fuerza es mecánica, la nutrición es combustión, las extremidades son palancas, las articulaciones son rótulas esféricas.

El mundo del ejercicio no realiza ninguna declaración conceptual notable de que seamos hombres y mujeres mecánicos. Ya lo éramos, al menos por lo que se refiere a nuestra ciencia. Más bien expresa una voluntad, por parte de todos y cada uno de los individuos, de descubrir y regular los procesos mecánicos del propio cuerpo.

Y nos enfrentamos a esta ardua labor sin más recompensa inmediata que nuestra libertad para hacerlo. Precisamente este tipo de libertad podría ser suficiente. Las máquinas de ejercicio ofrecen el poder superior de someter el cuerpo a la experimentación. Ocultamos las razones para llevar a cabo esta labor, y sin pensar sustituimos una nueva necesidad. Nadie pregunta si queremos que nuestras vidas atravesasen el umbral del reino del ejercicio.

El ejercicio no es una elección. Nos llega como un emisario del reino de los procesos biológicos. Cae bajo la jurisdicción de las obligaciones de la propia vida, que solo los autodestructivos rechazan. Nuestro polémico futuro depende supuestamente de genes manipulados, escáneres cerebrales, neurociencia, rayos láser. Celebramos encendidos debates públicos y estériles sobre todas estas cosas, mientras los auténticos cambios históricos tienen lugar sobre las esterillas de vinilo del gimnasio, bajo el sonido de un volante de inercia y un plano inclinado regulable.

En el gimnasio ves a gente inmersa en un proceso biológico básico de autorregulación. Todas las actividades relacionadas residen en la esfera privada. La cuestión, por tanto, es por qué el ejercicio no es una actividad privada. Podría haber pertenecido al ámbito doméstico al igual que otros procesos a los que se parece: comer, dormir, defecar, limpiar, acicalarse y masturbarse.

Tú que haces ejercicio, ¿qué ves en la pared de espejo del gimnasio? Pones caras asociadas al dolor, a las lágrimas, al orgasmo, al tipo de esfuerzo que haría que los demás acudieran a ayudarte de inmediato. Pero no escondes la cara. Gruñes como si te presionaran las tripas. Repites gestos briosos, como si fregaras el suelo. Resoplas, gritas y te esfuerzas. Apareces con un traje de licra ajustado aunque sin formas. Esa vestimenta revela ante los demás la forma de los genitales y los pechos aplastados y vendados, sin reconocer el atractivo del sexo.

Aunque la palabra «gimnasio» procede de los griegos, nuestro gimnasio moderno no está concebido con su espíritu. En la antigua institución, el atletismo era público y agonístico. Consistía en el entrenamiento de los jóvenes para las competiciones públicas. El gimnasio era algo más cercano a lo que conocemos como gimnasio de boxeo, con la diferencia de que era también el lugar donde los adultos se reunían para mirar a los muchachos más hermosos y, a la manera ateniense, servirles de mentor sexual. Lo más importante era promover la educación sistemática de los jóvenes, y que los adultos llevaran a cabo debates espontáneos entre ellos, modelan-

do la sociabilidad intelectual, separada de la política propiamente dicha, que es el origen de la filosofía occidental. Sócrates pasaba casi todo su tiempo en el gimnasio. Aristóteles comenzó su escuela filosófica en el pasillo cubierto de un gimnasio.

Los métodos socráticos y peripatéticos no encontrarían muchos seguidores en un gimnasio moderno. Lo que hacemos los contemporáneos allí pertenece a la silenciosa intimidad. Los griegos llevaban a cabo sus actos auténticamente privados en un lugar concreto, un *oikos*, el ámbito doméstico. Al ámbito doméstico pertenecían todos los actos que mantenían la vida puramente biológica. Eso incluye la labor de mantener una morada y un cuerpo, cultivar alimentos y comérselos, dar a luz a los hijos y alimentarlos. Hannah Arendt interpretaba esta marcada distinción griega entre el ámbito doméstico y el mundo público como el símbolo de una verdad general: que es necesario ser fiel a los actos que mantienen la vida lejos de la observación de los demás. Una esfera oculta, libre de escrutinio, constituye la base de una persona pública, alguien que se siente lo bastante seguro en su intimidad para asumir los enormes riesgos de la vida pública: pensar, pronunciarse en contra de la voluntad de los demás, escoger con total independencia. En la intimidad, solo con tu familia, las necesidades dominantes y los apetitos inexpressados se pueden gratificar en el no pensamiento y el dolor de estar vivo.

Nuestro gimnasio recibe el nombre más apropiado de «club de salud», solo que no hay ningún club en el que sus miembros se puedan reunir. Es el espacio atomizado en el que uno hace cosas que antes eran privadas ante la mirada de los demás, con la solitaria soledad de un cuerpo que se comporta como si estuviera en privado. Uno intenta que esas contorsiones deshagan y reconstruyan un yo privado; y si los que observan no tienen derecho a dar su beneplácito, lo hará algún «otro» imaginado y global. El ejercicio gimnástico actual lleva la biología a la compañía no social de desconocidos. Se supone que coexistes pero que no te pones a mirar de cerca, y que limpias el manillar metálico y la goma de las esterillas como si no dejaras ningún rastro. Al igual que en un ascensor, debes mirar al frente.

Es como un castigo por nuestra liberación. Las necesidades más onerosas, la lucha por la comida, contra la enfermedad, siempre mediante un arduo esfuerzo, se han visto superadas. Podría ser ingenuo pensar que la nueva libertad humana nos llevaría hacia una sociedad de actividades públicas, como la Atenas de Pericles, o de simple goce en lo existente, como el Edén. Pero el auténtico resultado de una sociedad que elige convertir las libertades privadas y

los ocios privados en su principal sustancia ha sido mucho más inesperado. El resultado es una serie de formas de autorregulación corporal que nos muestran los últimos vestigios de vida biológica como una atracción social.

El único equipo realmente esencial en el ejercicio moderno son los números. Ya sea en el gimnasio o en la pista de correr, el cálculo rudimentario es la tecnología fundamental. Al igual que se cuentan las pesas que uno levanta, lo mismo ocurre con las distancias que corre, el tiempo en que hace ejercicio y el incremento del ritmo cardíaco.

Una simple prueba negativa de si una actividad forma parte del ejercicio moderno consiste en preguntarnos si podría hacerse de manera significativa sin contarla ni medirla. (En los deportes, los números se utilizan de una manera distinta; en ellos, el marcador es una manera de registrar una competición en un encuentro social.) Las formas de ejercicio que prescinden de equipos mecánicos, como ocurre con correr, tampoco pueden prescindir de ello.

En el ejercicio uno tiene la sensación de que el cuerpo es una colección de números que representan capacidades. El otro lugar en el que los números de un individuo alcanzan esa condición de talismán es la consulta del médico. Existe cierta coherencia entre todos los lugares en los que se practica ejercicio y los sitios donde la gente se hace pruebas para ver si está enferma, se somete a reparaciones y muere. En la consulta del médico, el laboratorio y el hospital estás a merced de expertos del cómputo. Un técnico de laboratorio enfundado en una bata blanca te toma una muestra de sangre. Una enfermera te aprieta una pulsera en el brazo, te conecta a un electrocardiograma, te toma las medidas básicas de la estatura y el peso..., nunca a tu satisfacción. Te recompensa con los números de la presión sanguínea, la proporción de grasa corporal, la estatura y el peso. La tablilla con sujetapapeles donde figuran tus números cambia de manos. Al final el médico se sienta, un mecánico que lleva la túnica blanca de un ángel y es arrogante como tu jefe. En un lenguaje especializado que exacerba tus temores y expectativas, averiguas los números que indican tu colesterol (dos tipos), tus glóbulos blancos, el hierro, las inmunidades, un análisis de orina, etc. El médico no tiene por qué recordarte que esos números tienen que ver con tus probabilidades de sobrevivir.

¿Cómo adquirimos el valor de existir como una serie de números? Volviendo al gimnasio o a la pista, consigues la ansiosa libertad de contarte. Cuánto alivio puede proporcionar. Aquí están los números

que puedes cambiar. Conviertes los ejercicios en experimentos que llevas a cabo sobre la materia que tienes a tu alcance, la armadura exterior de grasa y músculo. Te aseguran que también esos números, y no solo las marcas negras del historial del médico, corresponden a lo mucho que te queda de vida. Con fuerza de voluntad y suficiente disciplina, es decir, sometiéndote a alguna regla, cambiarás.

El gimnasio se parece a un hospital de voluntarios. El personal son también los pacientes. Algunas máquinas te someten a una tracción de la que puedes escapar. Otras te liberan de la esclavitud de un respirador, te indican que tú mismo actives tus pulmones, y muestran tu ritmo cardíaco en una pantallita. Con la ayuda incluso del amor que puedas acabar sintiendo por esos dolores, ese ponerte a prueba se convierte en una segunda naturaleza. La curiosa compilación de números que eres pasa a ser un aspecto de tu libertad, a veces la más importante, incluso más preocupante que tus pensamientos o tus sueños. Descubres hasta qué número puedes llegar, lo inmortal que puedes ser. Pues tú, jugador empedernido, vivirás para siempre. Te mantendrán eternamente.

La justificación de hasta qué punto tenemos la responsabilidad de hacer ejercicio es la salud. Existe otra dimensión del hábito de contar del ejercicio que le otorga a la salud un preciso carácter económico. Determina los números previstos de los días y horas de nuestra vida.

Hoy en día podemos conservarnos durante mucho más tiempo. Los medios de conservación son fiables y baratos. La prisa por vivir nuestra vida mortal disminuye. Crece la tentación de conservarse para siempre. Conservamos el cadáver vivo en un estado óptimo, no para hacer algo con él, sino por sus buenas sensaciones de salud, confianza y seguridad eternas. Acumulamos nuestro capital para obtener un interés, y cada día subsistimos a base de migas de pan. Pero nadie heredará nuestra buena salud cuando hayamos muerto. Las horas que dedicamos a mantener la vida se desvanecen con la persona.

La persona que no hace ejercicio, según nuestra mentalidad actual, es alguien que se suicida lentamente. No asume la responsabilidad de su vida. No se esfuerza hasta el agotamiento para postergar su muerte. Por tanto, comenzamos a pensar que la está provocando. Podría ser un consuelo recordar que cuando un conocido de tus padres muere, es porque no comía bien o no empezó a correr. El que no hace ejercicio acaba formando parte de otros desdichados a los que marginamos socialmente. Sus vidas valen mucho me-

nos que las nuestras, por su propia dejadez. Su valor se ve comprometido porque no procuran alargar al máximo su posible existencia física. El que no hace ejercicio se une a todos los que no están en forma: los lentos, los ancianos, los que damos por imposibles y los pobres. «¿Es que no quieres vivir?», decimos. Cualquier respuesta que nos den nos deja insatisfechos.

Concebimos una sociedad en la que se creía que los sentidos podían agotarse. La vista empeoraba cuanto más intenso era lo que se veía. El oído empeoraba cuanto más fuertes eran los sonidos. Era inevitable que dicha concepción se infiltrara en las propias pautas de vida de la gente, cambiando su manera de pasar el día. ¿Agotarían sus capacidades viendo los colores más saturados, escuchando los sonidos más embriagadores? ¿O los miembros de la sociedad se negarían a moverse, cerrarían los ojos, se taparían los oídos y procurarían conservar las reservas que les quedaban de sensaciones?

También nosotros creemos que nuestras vidas cotidianas no se viven ni se aprovechan al máximo, sino que acaban consumidas injustamente por la vejez. Y consumimos nuestro tiempo con urgencia. A las urgentes gratificaciones materialistas de una sociedad hedonista, que exige comodidad y felicidad inmediatas, añadimos la urgente economía de la salud, y vamos en pos de un espacio más prolongado de felicidad diferida, de comodidades aplazadas, dedicando la mejor parte de nuestras vidas a conservar la vida.

Estadísticamente, el ejercicio te convierte en parte de diferentes categorías que mueren con menos frecuencia a edades sucesivas. Tienes más probabilidades de vivir. Esa es la principal razón pública que explica todos esos miles de millones de horas que pasan hombres y mujeres en el gimnasio. Sin embargo, la verdad es también que estar sano hace que te *sientas* radicalmente distinto. Para un segmento de sus practicantes más fervorosos, el ejercicio, en su forma contemporánea, es en gran medida la búsqueda de ciertas sensaciones. Un fenómeno más familiar que el del joven que se siente físicamente infeliz por no haber hecho nunca ejercicio es el del joven que sufre por haberse saltado uno o dos días de ejercicio. El movimiento es una necesidad. Todo son razones a favor de moverse, de estar más ágil, de menear el pandero, de convertir la inquietud en movimiento y vitalidad; el ejercicio no es simple movimiento. Se parece más a la oscilación. El fenómeno más corriente podría ser el individuo que juzga mentalmente, aunque no lo diga en voz alta, la salud global de su estado a cada momento, alternando la satisfacción y la decepción, basándose en lo que ha comido, lo que ha bebido, cuánto ejercicio ha hecho, cuándo, con qué sensaciones lo

estaba haciendo, y con qué relación a la nueva recomendación o advertencia que acaba de oír en la sección de salud de las noticias. Uno se siente más sano incluso cuando no siente que el cuerpo sea perceptiblemente distinto; uno se siente menos sano incluso cuando el cuerpo está bien. Un cuerpo comienza a sentirse diferente – más ligero, más fuerte, más eficiente, menos tóxico– de una manera que supera las posibles consecuencias del ejercicio que ha llevado a cabo; pero las sensaciones no pueden durar, exigen más actividad. Esto podría ser una «medicalización de la vida humana» psíquica más importante que cualquier cosa que pueda hacer un médico con sus pruebas.

La justificación menos respetable pero más poderosa para el ejercicio diario es la delgadez. Es algo que implica disciplinar una voluntad depravada, más que la justificada responsabilidad de mantener la salud de la máquina corporal y su fondo de capital.

Las mujeres despojan su cuerpo de capas de grasa para revelar una forma sin su exceso normal de carne. A pesar del énfasis que se pone ahora en que la mujer esté en forma, la tarea de todos aquellos que hacen ejercicio sigue siendo alcanzar la escualidez. Los hombres también adelgazan, pero para ellos es más importante hinchar algunos músculos concretos, aumentar los grupos principales de los bíceps, pecho y muslos. Estimulan una incipiente musculatura que ningún trabajo ni actividad mundana podría desarrollar así. La suya es una tarea de expansión y descubrimiento.

La escualidez de la mujer suele provocar gestos de desaprobación femenina y apodosos lamentables: los «rayos X sociales», la actriz que no es más que piel y huesos. La orgullosa expansión y descubrimiento por parte de los hombres de seis músculos del abdomen inferior, que recuerdan el exoesqueleto segmentado de un insecto, se convierte de manera parecida en una expresión proverbial y un chiste: el «pack de seis», que aúna el ejercicio con la masculinidad de la cerveza.

Contrariamente al modelo de la salud, que reivindica un triunfo permanente contra la mortalidad, la delgadez y la expansión muscular operan en una economía cruel de pérdida acelerada. La mortalidad comenzó cuando el primer hombre y la primera mujer abandonaron el Edén. Todos tenemos que morir, pero nadie tiene que modelar el físico, y una vez que comienza la alteración de este cuerpo, es algo más implacable que la muerte. Todo aquel que hace ejercicio sabe que la propensión del cuerpo a ganar peso es la expresión física de una caída moral. Todo aquel que hace ejercicio sabe que la